

mos el suelo romano ocupado por pueblos extraños ó rebeldes, traicionado por los que aparentaron someterse, puesto que en nuestros ejércitos, en nuestras ciudades, en nuestras provincias, las naciones bárbaras y sobre todo los judíos viven á nuestro lado, pero sin adoptar nuestra civilización. Los acontecimientos son los que, según los profetas, anuncian el fin del mundo.»

De manera que en tiempo de emperadores cristianos, escritores cristianos buscan en los Libros Sagrados la predicción de la ruina del Imperio. Sin embargo, estos sentimientos no son los de la mayoría de los fieles, pues los hay que conservan un alma verdaderamente romana, una fe robusta en el porvenir de Roma. Un poeta que por sus orígenes pertenece á una región cercana á la Galia, Prudencio, fué el intérprete elocuente de estas esperanzas: la Roma cristiana se le aparece como la heredera de la antigua Roma, de sus recuerdos, de sus triunfos, y declara «que la virtud del pueblo romano no envejecerá y que su gloria no tendrá fin.» No puede, pues, acusarse en términos absolutos al cristianismo de haber deseado la caída del Imperio ni de haber trabajado voluntariamente en ella. El Imperio, se ha dicho con razón, murió á consecuencia de antiguas enfermedades; el cristianismo no le salvó y quebrantó fatalmente algunas de las instituciones en que se apoyaba, y aun entre sus doctores los hubo que acostumbraron á los espíritus á la idea de la ruina del Imperio romano.

## CAPÍTULO II

### EL MUNDO GERMÁNICO Á FINES DEL SIGLO IV LOS GERMANOS EN LA GALIA (1)

I. La antigua Germania.—II. Distribución de los pueblos germánicos en el siglo IV.—III. Transformación de las instituciones y de las costumbres germánicas.—IV. La civilización romana y la civilización germánica.—V. Los germanos en el Imperio.—VI. Sentimientos de los germanos hacia Roma; sentimientos de los romanos y de los cristianos hacia los bárbaros.

#### I.—La antigua Germania

En el transcurso del siglo IV, así del lado del Rhin como del lado del Danubio, las tribus germánicas se aglomeran en las fronteras romanas y en muchos puntos las traspasan. Las provincias se llenan de colonias bárbaras y tribus enteras se fijan en ellas con asentimiento del Estado. Los germanos penetran en todas

(1) FUENTES.—César, *De bello gallico*, libro IV, capítulo I y siguientes; libro VI, capítulo XXI y siguientes. Tácito, *Germania*, *Annales*, *Historie*, passim. A continuación de su edición de la *Germania*, de Tácito, Müllenhoff ha reunido los textos de Estrabón, Plinio el Viejo, etc., relativos á los germanos. Amiano Marcelino, *Rerum gestarum libri*, *Panegyrici latini* (edición Baehrens), 1874. Orosio, *Historia libri VII adversus paganos*. Sulpicio Severo, *Chronica*. Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, libro II. Zosimo. Los autores citados en este capítulo han sido publicados especialmente en la *Patrologia latina*, de Migne, en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum*, de la Academia de Viena, y en la serie en 4.º de los *Monumenta Germanie historica*, de Berlín. Respecto del valor de las fuentes: es preciso consultar sobre todo Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter*, sexta edición, 1893-1894, y Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, tomo I, 1902.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras citadas en el ante-

rior período de esta historia á propósito de los germanos: Zeuss, *Die Deutschen und die Nachbarstämme*, 1837, siempre útil á pesar de su antigua fecha. Lehuérou, *Histoire des institutions mérovingiennes*, 1842, capítulos V-X. Roth, *Geschichte des Beneficialwesens*, 1850. Arnold, *Wanderungen und Ansiedlungen deutscher Stämme*, 1875-1881. Dahn, *Die Könige der Germanen*, tomo I, 1861, y sobre todo, *Deutsche Geschichte*, tomo I, 1883. Müllenhoff, *Deutsche Altertumskunde*, 1890-1892. Wietersheim-Dahn, *Geschichte der Völkerwanderung*, 1880. Waitz, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, tomo I, tercera edición, 1880. Sybel, *Die Entstehung des deutschen Königtums*, tercera edición, 1884. Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France; L'invasion germanique*, 1891; *Recherches sur quelques problèmes d'histoire*, 1885; Brunner, *Deutsche Rechtsgeschichte*, 1887. Schröder, *Lehrbuch der deutschen Rechtsgeschichte*, tercera edición. Lamprecht, *Deutsche Geschichte*, tomo I, 1891. Becquet, *La Gaule avant et pendant les invasions des Francs*, 1888.

(2) Todas las cuestiones relativas á las antiguas instituciones germánicas han sido objeto de vivas controversias; mas como en este libro no podemos entrar en discusiones críticas, hemos debido limitarnos á una descripción general.

partes, pues Roma los necesita para defenderse y para vivir, y hace de ellos soldados y agricultores y hasta les entrega muy pronto el mando de sus ejércitos y los admite en las funciones públicas.

De aquí que antes de que se funden reinos bárbaros en la Galia, en Italia, en España y en Africa, la invasión se desborde y se infiltre en las mismas venas del Estado romano.

Por otra parte, ningún odio de raza excita á los germanos contra Roma; no meditan la ruina del Imperio, sino que, deslumbrados por el brillo del nombre romano y por las imágenes de riqueza y de prosperidad que evoca, siéntense arrastrados por sus codicias ó por sus ambiciones. Unas veces sus empresas tienen el carácter de incursiones de pillaje, en cual caso hordas de aventureros, mandados por un jefe atrevido, se arrojan sobre las provincias, las saquean y desaparecen; otras, por el contrario, algunos pueblos solicitan tierras ó las ocupan por la fuerza y se declaran dispuestos á servir al Imperio cuya amistad solicitan. Además, estos pueblos están divididos entre sí y chocan unos contra otros en furiosas refriegas; sólo por excepción se juntan y caen como un huracán sobre la Galia. Roma explota sus discordias y espera, gracias á esta conducta, conjurar siempre el peligro bárbaro; en el siglo I, Tácito lo ha dicho en un célebre pasaje de la *Germania*, y á fines del siglo III Mamertino lo repite en su panegírico de Maximiano: «Es tal la felicidad del Imperio que en todas partes las naciones bárbaras se destrozan y matan mutuamente.»

En el tomo anterior se ha hablado con frecuencia de las luchas de Roma con los germanos desde los lejanos tiempos en que Mario aniquiló las hordas teutónicas. Fáltanos ahora penetrar en la misma Germania y estudiar rápidamente las instituciones y las costumbres de estos pueblos que, al diseminarse por la Europa occidental, debían modificar los destinos de ésta. Entre los antiguos historiadores, dos especialmente, César y Tácito, han tratado de conocer y comprender la vida social y política de los germanos, y los datos que en ellos encontramos, aunque incompletos y á veces oscuros, tienen gran valor para nosotros (2).

El territorio mismo inspira á los romanos un temor misterioso. Tácito ha descrito el espanto del legionario en sus duras marchas al través de la Germania y considera á los pueblos que la habitan como autóctonos

dadera vida; así Ariovisto se vanagloria de estar al frente de un ejército cuyos guerreros no habían vivido bajo techado desde hacía catorce años. Sus dioses son feroces como ellos y no tienen templos, sino que su culto se practica en la espesura de la selva. Entre los semnones, algunos delegados se reúnen en determinadas fechas en el fondo de los bosques, degüellan á un hombre y celebran ritos terribles.

Los germanos son bárbaros, pero no salvajes; que aunque su civilización es ruda y primitiva no por esto dejan de tener instituciones. La familia es poderosa y venerada, siendo la monogamia la regla general; el germano es casto, el matrimonio respetado y el adulterio castigado severamente. El padre es señor absoluto, puede abandonar y vender á sus hijos y hasta matarlos si cometen alguna falta. Igual derecho tiene sobre la mujer el marido, el cual la adquiere comprándola á sus padres que le transmiten toda la autoridad que tenían sobre ella. Aunque sometida á perpetua tutela, la esposa se nos presenta asociada á los trabajos y á los peligros del esposo: «en la paz, en la guerra, comparte su suerte, con él vive y con él muere.» En el combate está detrás de él animándole con sus gritos y llevándole alimentos, y si huye, le detiene, le echa en cara su cobardía y le obliga á ponerse de nuevo delante del adversario. Casi siempre vive rodeada del mayor respeto y á veces llega á ser sacerdotisa y profetisa y adquiere una influencia considerable. La sucesión se transmite de padre á hijo, siempre en línea masculina, no siendo en ella admitidas las mujeres y afirmándose de este modo la voluntad de mantener en toda su fuerza la unidad del grupo familiar. Cuando es acusado uno de sus miembros, ante el tribunal comparece la familia entera compuesta de todos aquellos á quienes une un lazo de parentesco, como la *gens* griega ó romana, y escoltada por sus amigos y clientes. Las ofensas son comunes y en caso de asesinato todos los parientes vienen obligados á tomar venganza; mas ya se inicia una costumbre que se desenvolverá más tarde y por virtud de la cual la familia de la víctima puede renunciar á la venganza y transigir: «el asesinato se expía mediante un determinado número de cabezas de ganado.» La familia permanece unida así en tiempo de guerra como en tiempo de paz y el ejército se forma no al azar, sino «por familias y parentescos.»

Muchos representan á los pueblos germánicos como tribus vagabundas, errantes al acaso, sin saber fijarse en parte alguna; esto es, sin embargo, erróneo por lo que se refiere á la mayoría de ellos, sobre todo á los de la Germania occidental. Ciertamente que los germanos emigran, pero ya no son nómadas en el verdadero sentido de la palabra, sino que sienten afecto por la tierra, se adhieren á ella en cuanto pueden y construyen viviendas; lo que sucede es que á veces se ven obligados á abandonar el país en donde se instalaran á causa de circunstancias diversas, como por ejemplo la llegada de nuevos inmigrantes á la Europa oriental y central. Además, el suelo es pobre y muy pronto resulta insuficiente dado el acrecentamiento de tribus incapaces de explotarlo, formándose entonces agrupaciones que van á otra parte en busca de fortuna; pero ya desde muy pronto lo que en sus relaciones con Roma piden los germanos no es dinero, sino tierras en donde establecerse. Sin em-

porque, «sin hablar de los peligros de un mar terrible y desconocido, ¿quién habría podido abandonar el Asia, ó el Africa ó Italia, trocándolas por la Germania de tierras informes, de cielo rudo, de aspecto inculto y triste?» Por otra parte, se comprende este sentimiento de horror en aquel que dejando la orilla izquierda del Rhin, en donde florecía la civilización romana, penetraba en aquellas regiones salvajes. Detrás del río, extendíase la inmensa selva Herciniana que cubría toda una parte de Germania y para atravesar la cual se empleaban más de sesenta días; en sus profundidades vivían animales extraños, rengíferos, alces, aueros, y los ríos y arroyos que la cruzaban formaban en ella lagos y pantanos. Hacia el Norte aún era mayor la tristeza de aquel país, pues los árboles, al aclararse, ponían de manifiesto un suelo fangoso cuyas lagunas se confundían insensiblemente con las olas marinas. Finalmente aparecía el océano germánico, mar tempestuoso, bajo un cielo de pesadas nubes, que penetraba en las tierras húmedas y en los profundos estuarios de los ríos, arrojando los buques contra las islas abruptas ó contra ocultos bancos de arena.

El nombre de germanos, que era de origen reciente, no se lo habían dado á sí mismos aquellos pueblos á quienes con él designaban los romanos y los galos. Los tales pueblos no tenían conciencia clara de un origen común, no obstante lo cual algunos de ellos, los que habitaban la Germania occidental, creían descender de los mismos antepasados, del dios Tuisto y de su hijo Mannus. De los tres hijos de este último salieron, al parecer, tres grandes grupos étnicos, los ingevones, los irminones y los istevones que á su vez se subdividían en pueblos numerosos. Como los celtas, los helenos y los italianos, estos pueblos venían de Asia, pero habían llegado á Europa más tarde que aquellos y su civilización se desarrollaba más lentamente; sin embargo, entre sus instituciones y las de los galos antes de la conquista existían semejanzas que llamaron la atención de los antiguos.

El germano es ante todo guerrero y no se le considera como individuo de la tribu sino desde el día en que recibe solemnemente sus armas, de las cuales, á partir de aquel momento, no se separa ya más. La raza es de alta estatura, fuerte y resistente al frío; en cambio soporta mal el calor y los trabajos continuos. Los germanos tienen el cabello rubio ó rojo y los ojos azules, feroces; sus vestiduras son bastas, consistiendo á menudo en pieles de animales que hacen aún más feroz su aspecto; sus armas son las frámeas (lanzas cortas ó jabalinas), flechas, escudos, á veces espadas, lanzas, corazas ó cascos; el hierro es poco abundante entre ellos. No les gusta vivir en aldeas en las que las casas se tocan; sus viviendas están aisladas unas de otras y toscamente construídas, y á menudo cavan escondrijos subterráneos que cubren de estiércol y en los cuales se refugian durante el invierno y ocultan sus provisiones. En tiempo de paz viven ociosos, permaneciendo acurrucados cabe el fuego y celebrando largos y groseros festines en los que se emborrachan; también se dedican á la caza y juegan á los dados con tal frenesí que, después de haberlo perdido todo, se empeñan la libertad. En cuanto á las labores agrícolas ó domésticas, las confían á las mujeres y á los ancianos. Combatir es su ver-

bargo, van demasiado lejos y se ponen en contradicción con testimonios harto concretos los que quieren ver ya en ellos verdaderos agricultores. Mucho se ha discutido, sobre todo desde hace medio siglo, acerca de la forma de la propiedad en Germania y de muy diversa manera se han comentado los textos, con frecuencia poco claros, de César y de Tácito. Según César, no existe aún la propiedad individual aplicada a la tierra, y los germanos tienen poco trigo y se alimentan especialmente de leche, del ganado y del producto de la caza. Tácito dice que sus rebaños son su principal riqueza y que no se dedican a la agricultura; sin embargo, en muchos pasajes habla de sus campos de trigo e indica un turno según el cual se repartían anualmente las tierras cultivables, revistiendo, al parecer, la propiedad un carácter sobre todo familiar. En otras ocasiones menciona las casas separadas y rodeadas de una cerca, que son el origen de la propiedad individual que se desarrollará más adelante. Los germanos se encaminan visiblemente de la vida pastoril a la vida agrícola: desde los tiempos de César a los de Tácito el progreso es ya sensible, aun cuando sus sistemas de cultivo son en extremo rudimentarios.

Los germanos tienen un gobierno: cada pueblo forma un estado, lo que Tácito denomina una *civitas*; el estado se subdivide en cantones, *pagi*, y cada cantón está habitado por un grupo de familias. Los adultos, los guerreros, que componen el pueblo, se reúnen en grandes asambleas, a las que acuden armados; y allí, presididos por el sacerdote, que impone silencio y en caso necesario reprime y castiga, son elegidos los que en los cantones administrarán justicia, con ayuda de asesores. Los jefes, *principes*, toman la palabra y proponen medidas que los asistentes aprueban agitando las frámeas ó censuran dejando oír sus murmullos; y cuando se ha decidido una expedición, la asamblea elige de entre los que la componen al que habrá de mandarla, *dux*, el cual es escogido por su valor. Cada jefe tiene su bando de compañeros, *comites*, que le siguen, le obedecen y, si es preciso, le sirven de rehenes, le defienden en el combate y mueren con él; hasta en tiempo de paz constituyen a su lado una especie de escolta de honor. El jefe, en cambio, los conduce a la victoria y al saqueo, les da armas y caballos y los invita a los festines. El papel de los caudillos es, pues, importante, siendo ellos, en resumen, los que dirigen los destinos del pueblo que agradece sus servicios con presentes de cereales y de ganado. Un jefe germano, partidario de Roma, aconseja a Varo que les prenda a él y a los demás jefes: «privado de su dirección, dice, el pueblo no se atreverá a hacer nada.»

La realeza existe también entre los germanos y se apoya en antiguas tradiciones, según las cuales el rey descende de los dioses. En algunos pueblos, el soberano conserva un poder despótico; pero en la mayoría de los casos parece como si su autoridad se hubiese debilitado y fuese de hecho menor que la de los jefes, puesto que no puede castigar, ni encarcelar, ni pegar, y si se hace escuchar en las asambleas, más es por la persuasión que por la autoridad del mando. Indudablemente durante las largas emigraciones, en esas expediciones peligrosas a que tan aficionados eran los bárbaros, el valor y la osadía adquirían cada vez mayor

importancia, al paso que se desvanecía el respeto a la tradición y al origen legendario de la realeza. Además, nada hay tan contrario al desarrollo de un poder central como esos establecimientos en vastas regiones en donde los recién llegados no se oprimen todavía los unos a los otros; el pueblo se fracciona en pequeños grupos, cada uno de los cuales tiene su territorio separado y su jefe, y en tales casos la realeza, si tenía antes mayor fuerza, se va debilitando y ya no subsiste sino como una ficción, llegando acaso a desaparecer en algunos pueblos. Los germanos del Oeste, sobre todo, eran hostiles a la extensión del poder real: el héroe de las luchas de Germania contra Roma, en el siglo I, Arminio, fué asesinado porque quería hacerse señor absoluto.

Roma, con pérfida habilidad, se valió en algunas ocasiones de la realeza de los germanos como de un instrumento de dominación. Era esta una de las tradiciones de su política: los reyes a quienes protegía ó que imponía convertíanse en agentes suyos, y su sola presencia era a veces una causa nueva de discordias intestinas.

Entre los germanos hay diversidad de clases. Tácito habla de esclavos, cuya condición es diferente de la de los esclavos romanos: no están afectos a los servicios domésticos; cada uno posee su vivienda y su campo, y no tiene más obligación para con su amo que satisfacerle cánones en frutos. Al esclavo raras veces se le pega ó se le encadena, pero en algunos casos se le mata en un momento de cólera. En cuanto a los libertos, no se diferencian de los esclavos; Tácito no define claramente su condición, y tal vez debemos ver en ellos a los que más tarde veremos designados en las leyes bárbaras con el nombre de *lides* ó *lites*.

Por encima de todos están los hombres libres y los nobles. Tácito habla frecuentemente de estos últimos, pero sin indicar de un modo preciso el origen de la nobleza. Esta probablemente derivaba de la organización patriarcal, y los nobles eran sin duda los descendientes de las familias más antiguas, de las primeras que formaron el pueblo. Según parece, la nobleza, como la realeza misma, perdió en muchos pueblos su autoridad y no siempre salían de sus filas los caudillos, los *principes*; además éranle fatales las disensiones que perturbaban a los pueblos germanos: entre los queruscos, por ejemplo, habían desaparecido los nobles en el curso de las luchas intestinas.

Los germanos tienen instituciones judiciales. El Estado castiga los crímenes de derecho común, siendo considerados como tales los actos que comprometen la paz interior del pueblo ó los intereses generales; los traidores y los tráfugas son colgados de los árboles, y los cobardes y los disolutos infames ahogados en el fango de los pantanos debajo de un cañizo. Ya hemos visto anteriormente lo que sucedía con el homicidio: el derecho de venganza correspondía a la familia, siendo esta una costumbre que se remontaba a los tiempos en que el Estado apenas se organizaba y en que las familias eran como independientes unas de otras constituyendo en realidad pequeños Estados. A medida que se fué concretando la noción de derecho público, comprendióse mejor el inconveniente de estas guerras privadas que trastornaban a la comunidad; la «venganza»

no quedó suprimida, pero se admitió el rescate y se dispuso además que el Estado, el pueblo, representado por sus jueces, podía intervenir y fijar la pena, y una parte del precio de transacción, de la multa en caballos ó en cabezas de ganado se pagaba al rey ó al Estado, y el resto correspondía a la víctima ó a sus parientes. Más adelante los bárbaros redactarán sus leyes; pero en la época que estudiamos el derecho no tiene otra forma que la consuetudinaria que se transmite oralmente de una a otra generación.

Tales son, rápidamente bosquejadas, las costumbres de los germanos en el siglo I. Los caracteres que ofrecen los encontramos en la historia primitiva de la mayoría de los pueblos, sobre todo de los pertenecientes a la gran familia aria: mucho tiempo antes, los griegos y los romanos habían pasado por un estado de civilización análoga.

Es inútil consignar aquí la lista de los pueblos que enumeran Tácito, Plinio y otros escritores, y cuya situación nos dan a conocer con más ó menos exactitud, porque esos nombres no habían de tardar en su mayoría en desaparecer. Lo único que debemos recordar es que estos pueblos eran entonces numerosos, muy independientes unos de otros y poco dispuestos a ponerse de acuerdo para una acción común.

## II.—Distribución de los pueblos germánicos en el siglo IV

Desde el siglo I al IV, la Germania se nos presenta envuelta en sombras más espesas. Los malos escritores de aquel tiempo, excepción hecha de Amiano Marcelino, se limitan a indicar, las más de las veces con escuetas menciones, las guerras que contra Roma sostuvieron esos pueblos, pero nada nos dicen de sus destinos interiores ni de su género de vida. De aquí que no podamos seguir las transformaciones de la Germania que en el siglo IV aparece muy distinta de lo que antes era.

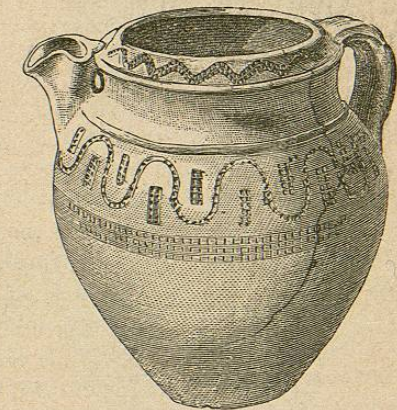
Los nombres de los pueblos que Tácito situaba en la orilla derecha del Rin no han desaparecido por completo, pero los que los llevan se funden en grupos más considerables, designados por nombres nuevos. Para explicar estas obscuras revoluciones, se ha supuesto que la Germania, desde el siglo I al IV, había sido devastada y desorganizada por la anarquía; que la población había disminuído en ella considerablemente, y que de los antiguos pueblos sólo quedaban algunos restos; pero esta hipótesis no resulta justificada. Al contrario, parece que en este intervalo la población de Germania aumenta, que sus habitantes se encuentran en ella más estrechos, que los pueblos se disputan las tierras cultivables y que aumenta el número de los que van a buscar fortuna allende el Rin ó el Danubio. Que nuevos invasores penetren en la Europa central, é inmediatamente las tribus, empujadas hacia adelante, se desbordarán por todas partes sobre el Imperio. Las agrupaciones nuevas que se han formado son, pues, un signo más bien de fuerza que de decadencia y de debilidad (1); mas no hemos de ver en ellas verdaderas confederaciones políticas, ya que los pueblos que las componen tienen una existencia independiente, y en

(1) Algunas de estas agrupaciones existían ya en tiempo de Tácito; véase especialmente lo que dice de los suevos, *Germania*, capítulos 38, 39.

tiempo de guerra, mientras unos combaten, otros permanecen neutrales.

Tres de estos grupos se extienden a lo largo del Rin por el lado de la Galia.

Al Norte están los francos. Ya hemos visto (2) en qué fecha hicieron su aparición en la historia y cómo, durante el siglo III, atravesaron y asolaron la Galia: los numerosos tesoros monetarios de aquella época que se han encontrado escondidos en el Norte, en el Este y hasta en el centro de la Galia, demuestran cuán miserable fué entonces la situación de los habitantes atemorizados por continuas alarmas (3). A veces las poblaciones se refugiaban en alturas de fácil defensa, y se atrincheraban en ellas a toda prisa; muchos de estos refugios, como el de Furfooz (Bélgica), han sido explo-



Vasija de barro de los francos, hallada en una tumba próxima a Worms

rados en nuestros días. Los francos eran también piratas: unidos a los sajones, recorrían como corsarios el mar y saqueaban las ciudades del litoral. Conocida es la historia de aquellos prisioneros francos que, según parece, se apoderaron de algunos buques en el mar Negro, y después de haber asolado las costas de Grecia, Asia y Africa, regresaron al Océano. Por esto los contemporáneos declaran a los francos «terribles entre todos»; su perfidia causa tanto miedo como su audacia; «para el franco es cosa familiar quebrantar siendo la fe prometida.» Las victorias de Probo contuvieron durante algún tiempo sus estragos, pero un historiador de aquella época escribe que «el recuerdo de sus derrotas exasperaba su valor en vez de abatirlo.»

Más tarde se dijo que habían venido de la Pannonia a establecerse a orillas del Rin, y en el siglo VII unos monjes, llena la mente de recuerdos clásicos, inventaron una leyenda pedantesca é hicieron de los francos los descendientes de los troyanos fugitivos que, bajo el mando de Príamo y de Antenor, se instalaron primeramente a orillas de la Laguna Meótide, construyendo allí una ciudad denominada Sicambria (4). La misma etimología de su nombre es obscura y probablemente

(2) Véanse las págs. 130 y siguientes del presente tomo.

(3) Blanchet, *Les trésors de monnaies romaines et les invasions germaniques en Gaule*, 1900. La mayor parte de estos tesoros fueron enterrados en el siglo III, habiendo sido encontrados principalmente en Bélgica, en el Oise, en el Aisne, en el Maine, en el Sena Inferior, en el Eure, en el Yonne, en el Nièvre, etc.

(4) Kurth, *Histoire politique des Mérovingiens*, 1893; apéndice I, sobre el origen troyano de los francos.